

ARTISTAS GUIPUZCOANOS



ELÍAS SALAVERRÍA

Allá, en la iglesia parroquial de la Universidad de Lezo, existió hasta hace muy pocos años cierto acólito, experto y precoz como muy pocos y más vivo que la misma ardilla.

Ejercía sus funciones á las mil maravillas; y, ni ayudar misa ni tañer las campanas, ni encender las velas, ni arreglar los altares, ni demás quehaceres análogos, Significaban trabajo ninguno para el hábil muchacho.

Que había de hacerse esto ó lo de más allá; ya se sabía, llamar al acólito, éste lo resolvía y facilitaba todo: nunca tropezaba con obstáculos; *todo está hecho*.

Los curas de Lezo se hallaban encantados con el incomparable monaguillo, y la feligresía le amaba tratándole con verdadero mimo.

En las producciones de Enrique Serra y los Benlliures hay monajillos que parecen hermanos del de Lezo, no sólo por la gracia y carácter con que dichas eminencias del arte español han tratado esta clase de asuntos, sino también por el aire y parecido que coinciden con el inteligente acólito de la parroquia de San Juan.

Mañana, se decía el vecindario de Lezo, este chico llegará á cantar misa, otro día ascenderá á obispo, y después, con seguridad, será cardenal y Padre Santo.

Más de extraordinario tiene el que un pastor se eleve al trono pontificio, como aconteció con Sixto V.

Pero nada, al chico no le dió por ahí y ni fué cura ni sacristan.

He aquí la evolución:

Un día entre la penumbra del templo, filosofaba el monaguillo á su manera.

—Qué cosa, eh?—exclamó.—Aquel altar visto desde aquí parece más pequeño; ¿en qué consistirá?

El chico se había revelado. Intuitivamente mostróse observador de la naturaleza. Desde ese momento declaróse artista. Se había fijado espontáneamente en la ley fundamental de la perspectiva.

Razonó y se convenció que, efectivamente, los objetos lejanos se reducen en proporción á sus primeros términos.

Otra vez cogió un lápiz y sobre la portada de un libro de oraciones, fué trazando rayas para explicarse el fenómeno.

Otro día *delineó* un trozo del altar, al siguiente hizo un *parecido* del púlpito, *retrató* á la Virgen, de nuevo se *atrevió* con un *escorzo* y al fin, llegó á *dibujar* la pila, los bancos con *figuras*, la *vista* de la iglesia, en fin, la mar, todo Lezo.

Pero no se crea *así como asíno!* En esa colección, en todos esos *monos* se ven cosas tremendas; es decir, detalles expresados con sencillez y verdad admirables. Así, tal como suena.

Olivado de su cargo de acólito y entregado en cuerpo y alma á su inclinación favorita, fué sorprendido una mañana por el sacerdote señor Pildain, copiando una de las imágenes del templo.

El buen cura tuvo que hacer un esfuerzo para deponer su actitud que era la de dar un rapapolvo al chico por creer que estaba perdiendo el tiempo en tonterías.

Después de haber observado unos momentos y enterado de lo que hacía el monaguillo, le interrumpió el cura amigablemente:

—¿Qué haces, perillán?

—Aquí estoy, señor, dibujando; ¿no ve usted?—contestó el chico sin remilgos y sin impotársele lo que se *le venía encima*.

—Bien, bravo, me hace gracia todo esto. ¿Tienes más papeles, así, hechos con lápiz?

—Sí, señor. Aquí los tiene usted.—Y sacando del *kolko* (del ceño) un rollo, fué enseñándole al coadjutor las primeras obras de su futura carrera.

Este señor sacerdote (fallecido ha poco), aunque no se creía versado en artes, poseía buen sentido y criterio excelente para comprender que se trataba de algo que merecía particular atención.

El finado señor Pildain se quedó con los papeles y esperó...

Entre el mencionado sacerdote, el alcalde señor Guezala y otros señores cuyos nombres no recuerdo, trataron de ayudar al chico y mandarlo á San Sebastián á *aprender*.

Cupo la suerte de que en un momento en que esos señores trata-

ban del acólito, se reuniera al grupo un forastero que fué acogido con suma deferencia

—¿De qué se trata, señores? ¿qué hay de nuevo?—saludó con cariño el recién llegado.

—Pues nada, hablábamos de esto. Usted que entiende de esas cosas, podrá ver si la muestra merece.—E inmediatamente le fueron enterando y exponiéndole á la vez los dibujos del monaguillo.....

.....

....—Me parece muy bien; me gustan los dibujos; aquí se presenta algo; aquí se distinguen más que indicios. Nada, señores, que vaya el muchacho y yo completaré cuanto falte para que el chico de nada carezca.

Quien acababa de expresarse tan bondadosamente era el marqués de Cubas.

El joven de Lezo hizo rápidos progresos bajo la dirección del profesor don Juan Martínez, tanto, que bajo tan acertada dirección ejecutó distintos trabajos de escuelas diversas con el más depurado gusto.

Más tarde, á expensas de la señora viuda marquesa de Cubas trasladóse á Madrid, y allí, merced á la esplendidez de la virtuosa dama, el exmonaguillo de Lezo transformóse en verdadera esperanza de artista de grandes vuelos.

Elías Salaverría, nombre del protagonista de estas líneas, es hoy uno de los discípulos más aventajados del ilustre Menéndez Pidal.

Voz del pueblo, voz de Dios.

El joven Salaverría llegará dentro del arte á donde ningún guipuzcoano ha conseguido alcanzar.

Ve el natural como un gran artista y lo interpreta sin sujeción á sistemas ni rodeos.

Hace lo que su retina le acusa. Huye del artificio y de la *receta* de paleta.

Véanse varios de sus cuadros originales que se hallan expuestos en casa de Díaz, en la Avenida, y nadie nos negará que Salaverría vale de verdad y conquistará lugar honroso.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

